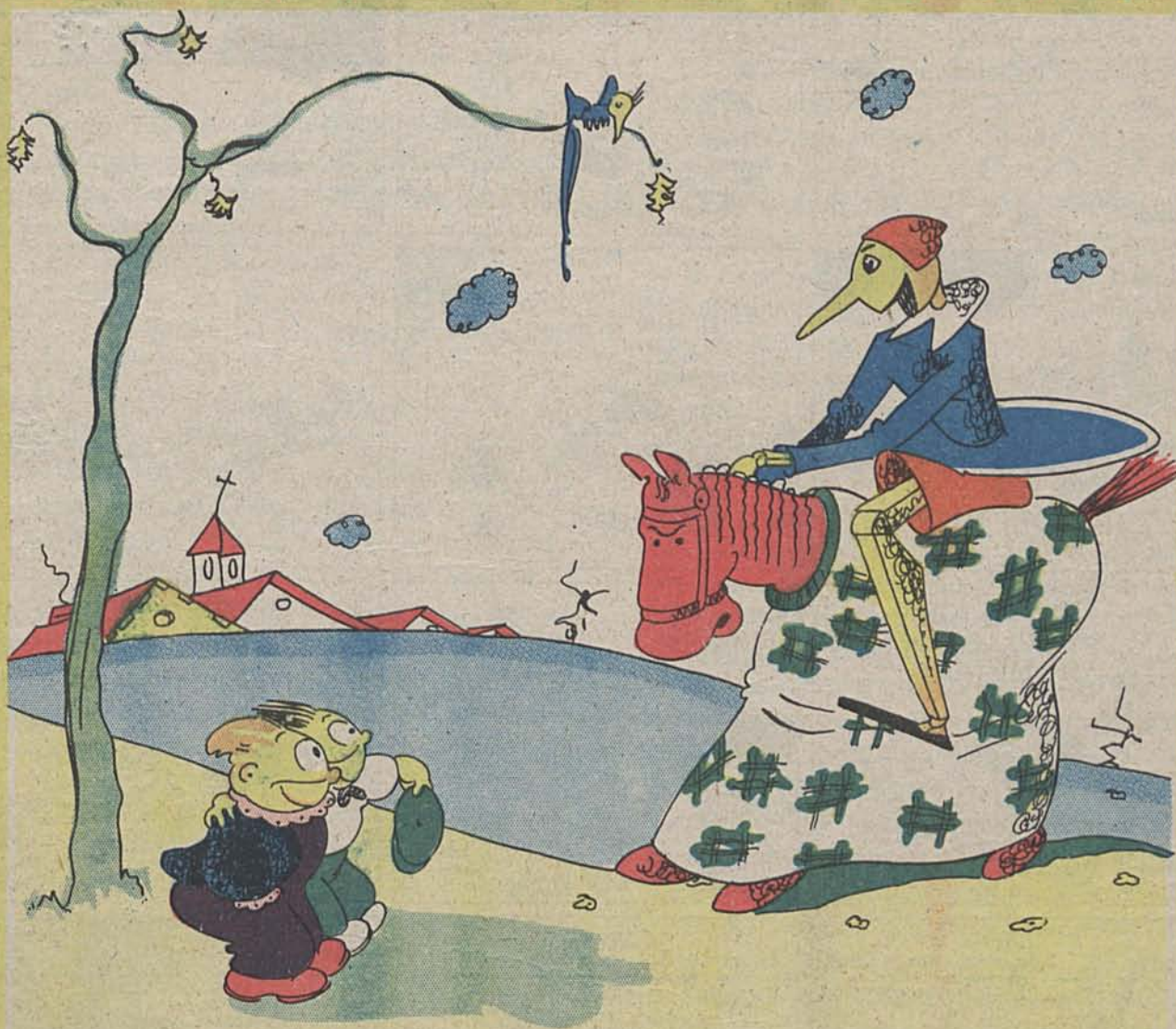


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 274

25 cts

18. MAYO
1930



- ¿A DÓNDE VAS CON ESE CABALLO?
- VOY A LAS CARRERAS.
- ¡A VER SI TE LLEVAS EL GRAN PREMIO!
- ¡NO! SI VOY A VER LAS CARRERAS DE AUTOMÓVILES!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

—Luego ¿usted no tomó parte en el asesinato de Garré y en el atentado contra D'Alimand?

—Claro que no, querido. No ignora usted que mis procedimientos son muy distintos. Yo aparecí cuando las cosas se hallaban en ese punto, y ni siquiera me había enterado del ataque a su amigo de usted porque se me había pasado la noticia al leer los periódicos de aquellos días.

—Con todo, usted ha organizado después las persecuciones contra nosotros.

—Sí; pero lo hice principalmente por un sentimiento de solidaridad con mis compañeros. A haberse tratado sólo de mí, quizá ni me hubiera ocupado de eso. De mis operaciones acostumbro a alabarme con un orgullo que hasta podrá parecer excesivo; pero ésta del Arsenal de Tolón no era mía sino en la parte que llamaré teórica o técnica, y era deber mío no dejar solos en la estacada a mis amigos. ¿No le parece a usted? Y además, conviene no olvidar las razones sentimentales de que he hecho mérito hace poco...

—No las olvido.

—Vigilamos, pues, todos muy de cerca a D'Alimand y a usted que parecía tener con él gran intimidad. Todavía logró usted eludir nuestra vigilancia. Su amigo desapareció, y nosotros no pudimos darnos cuenta más que a la mañana siguiente. Entonces Armagnac, sin perder minuto, en la noche del 31 partió para China...

—¡Cómo...! ¡Si fué a Nueva York...!

—Precisamente. Desde Nueva York siguió por ferrocarril hasta Vancouver y de aquí, en

trasatlántico, hasta Yokohama y Shang-hai. Es el camino más corto para ir a China.

—¡Es verdad! ¡Seguramente...! Y nosotros, que nos hemos devanado los sesos para hallar la razón del viaje de Armagnac a América. Eso fué siempre para nosotros un misterio y una preocupación.

—Pues ahí tiene usted desvelado el misterio y disipada la preocupación.

—¡Oh! en eso no tuvimos ninguno la menor intuición!

—Para nosotros resultaba en cambio inexplicable la razón de que D'Alimand hubiera tomado la vía de Galveston. Habíamos sabido en la redacción de *L'Actualité* que se dirigía al Panamá para escribir acerca de las obras del Canal; pero nos costaba creer que hubiera podido abandonar París precisamente en momentos para él de tanta transcendencia. Su viaje debía de tener otro fin, aparte del profesional. Pero, de todos modos, aquel no nos parecía el camino más cómodo y más rápido para llegar a China.

—Como que D'Alimand no debía trasladarse a China. Pero siga usted adelante.

—Fayollet y yo nos quedamos en París espionando los movimientos de ustedes. Habíamos notado fácilmente el interés que algunos periodistas, capitaneados por usted, se habían tomado en favor de D'Alimand, y estábamos alerta. Yo adiviné que todos en general y usted en persona especialmente, entrarían en acción para nuestro daño, y que alguno del grupo se encargaría de reunirse a Larouchy para retirar los documentos. Piense que nosotros estábamos muy lejos de sospechar que las indicaciones por ustedes conocidas eran aún más incompletas y vagas que las nuestras, y encontrará natural que hubiéramos convenido seguirles en el caso de que salieran ustedes de París, y servirnos de ustedes como de ojeadores, en lugar de ir a la

ventura y explorar todo el larguísimo curso del Yang-Tse-Kiang, arriesgándonos a no llegar quizá a tiempo de hacer cambiar de ideas a aquel pobre hombre tan atormentado. Yo había, pues, resuelto arrancar a uno de ustedes la indicación precisa del lugar donde habitaba Larouchy...

—Eso ya lo he visto.

—Sí, cuando tuve el gusto de conocer a usted personalmente... Pero aún no he dicho la razón de mi presencia en París aquellos días. El 1.º de septiembre debía celebrarse un gran baile en la Embajada inglesa: el primer baile oficial del nuevo embajador. Yo quería asistir a esa fiesta mundana porque sabía que allí había de encontrar a la duquesa de Whihland de quien, más que la deslumbrante belleza y los hechiceros ojos, me atraía el célebre collar de perlas negras que de seguro luciría también en aquella ocasión. Fayollet obtuvo para mí una tarjeta de invitación, y junto con él entré hacia las once en los magníficos salones de la Embajada ya a tal hora animados por el vistoso desfile de lujosas *toilettes*, de trajes de etiqueta, de uniformes militares de varias naciones y de austeros trajes diplomáticos. Hacia media noche, y precisamente pocos minutos después de haber logrado que me presentaran a la preciosa duquesa, Fayollet vino a decirme que uno de los hombres encargados de vigilar a ustedes me aguardaba en el vestíbulo. Acudía a informarnos de que usted con tres de sus amigos estaba para salir en el expreso de las doce y media para Italia; él mismo le había visto a usted en la taquilla sacando los billetes. También estaba prevista esa marcha en comitiva, pero yo no la creía tan inmediata; de todos modos estaba en nuestro programa que les seguiríamos a ustedes hasta el fin del mundo, y no vacilamos en abandonar la fiesta y los bailes apenas empezados. No había un momento que perder. Con el mismo taxi-auto de que se había servido nuestro hombre de confianza, volamos a la estación a donde llegamos con tiempo apenas para saltar al mismo tren que ustedes. Las circunstancias

de aquel viaje le son a usted conocidas. En Bolonia se separó usted de sus amigos y nosotros hicimos lo mismo; yo continué en pos de usted, y dejé a Fayollet seguir los pasos de los otros. En Nápoles perdí a usted de vista y pude después alcanzarle en El Cairo de un modo bastante singular. Pero esto lo ha podido usted saber por el testimonio de sus propios oídos aquella noche del *Alcázar Parisièn*...

—¡Ah! ¿porqué me vió usted?

—Sí, pero sólo cuando se levantó usted para salir. Fué una verdadera fortuna, pues de otro modo nos hubiera sido difícil recobrar su pista, y yo quizá habría tenido que aplazar hasta esta noche el gusto de entablar conocimiento y trato con usted.

—El gusto... ha sido mío.

—Lo dudo.

Aquí mi visitante sacó el reloj.

—La una y tres cuartos—dijo—; usted tal vez deseará acostarse...

—No, no. Tampoco yo me meto nunca en la cama antes de las tres. Quédese, se lo ruego.

—Entonces, sigo... Por lo demás, poco me falta ya que decir. Conque... ¿dónde había quedado...? ¡Ah! en las orillas del Nilo... ¡Qué calor aquel día, en aquella barraca!

—¡Oh! ¡me acordaré un buen rato!

—Crea usted que me disgustaba no poco tenerle que dejar a usted allí en aquellas condiciones... Pero como no había modo de hacerle a usted hablar, y como al parecer había usted de continuar por el momento su fantástico viaje arqueológico, le abandoné a sí mismo y a los aldeanos del lugar, y con Foichant salí en Aden al encuentro de Fayollet. Al encuentro es una manera de decir, porque Fayollet se había marchado para seguir a uno de los periodistas, Crooswelt, cuyo itinerario para la ruta de Colombo dejaba suponer que iba derecho a una de las escalas chinas.

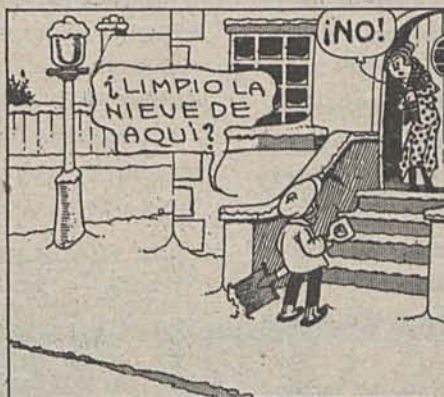
—Ese Fayollet no fué nada perspicaz al cumplir su cometido...

—¡Pobrecillo! Le faltaba práctica. Hizo lo que

(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1938, by The Chicago Tribune. *Banker*



(Continuación)

El astrónomo Herschel, declaró que esta banda circular de estrellas llamada «Vía láctea» que se nos aparece débilmente iluminada, era un efecto de perspectiva en la distribución de todas las estrellas visibles.

En este momento culminante de su disertación se hallaba el sabio buho cuando, de pronto, interrumpió Corretón con un grito de alegría—. ¡Un chorizo! ¡Un chorizo!—exclamaba agitando los brazos en alto.

Ni que decir tiene que todos los navegantes del aerobús pensaron en un ataque de enajenación mental.

—Ese pobre señor—decían todos—se ha vuelto loco a pesar de sus barbas.

—¡Quítate de ahí!—le dijo Tecla separándolo del telescopio por donde miraba—. ¡Vete ahora mismo a tu cuarto, que siempre has de ser el hazmerreír de todo el mundo!

—Si no es verdad lo que digo, que me pelen—exclamaba furioso Corretón—. ¡Mirad, mirad por el telescopio!

Se acercó Tecla al aparato y miró, pero no vió el tal chorizo. La emprendió a soplillazos con el Capitán Corretón y lo encerró en su cuarto.

(¡Pobre Corretón! No mentía al asegurar que él veía un chorizo en el espacio. Si os fijáis en el dibujo descifraréis el misterio.)

¿Es muy grande esa vía de estrellas?—preguntó Chonón.

—Inmensa—contestó el buho—El diámetro de este grandioso círculo es de tales proporciones que voy a citaros el siguiente ejemplo para que os deis alguna cuenta de sus proporciones. Todos sabéis que el sol camina por el espacio a una velocidad de setenta y dos mil kilómetros por hora.

—Sí, sí—, dijo don Turulato para darse la importancia de hacer creer que lo sabía.

—Pues si pudiésemos montar en el sol e intentarr ecorrer el diámetro de la vía láctea resultaría que en un año habríamos hecho seiscientos millones de kilómetros. ¿Parece mucho, verdad?

—Muchísimo, contestaron todos.

—Pues es tan insignificante esa distancia en relación con la longitud del diámetro de la Vía láctea que al cabo de un millón de siglos, sin parar de correr sobre el sol a la velocidad antes dicha, sólo habríamos recorrido la quinta parte del trayecto.

—Entonces—dijo el profesor de las luengas barbas—es tan difícil cruzar la Vía láctea como enseñar a escribir a Tin y a Ton.





—¿Y si en vez de ir montados en el sol pudiéramos ir a caballo de un rayo de luz?— preguntó atinadamente Pinocho. ¿No se tardaría muchísimo menos en recorrer ese diámetro?

—Efectivamente, replicó el buho. La luz va muchísimo más de prisa, pues camina a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

—Vamos a ver; vamos a ver—dijo don Turu—Yo creo que sobre un rayo de luz podremos hacer el viaje. Será cuestión de unas horas ¿verdad señor buho?

—De unas horas no, señor don Turu; de muchas horas, pues marchando sin parar, siempre a la misma velocidad, se tardarían treinta y dos mil años en hacer el viaje. Pero este viaje no podría darse por terminado al llegar a lo que nosotros creemos es el límite del diámetro, ya que la vía láctea no tiene en realidad forma de círculo cerrado, sino que se remonta en espiral por el infinito y hay agrupaciones de estrellas, como la del Delfín, que se halla a una distancia equivalente a doscientos veinte mil años de viaje sobre el rayo de luz.

—¿Y en esta Vía láctea se encierra todo el Universo?— preguntó Chonón.

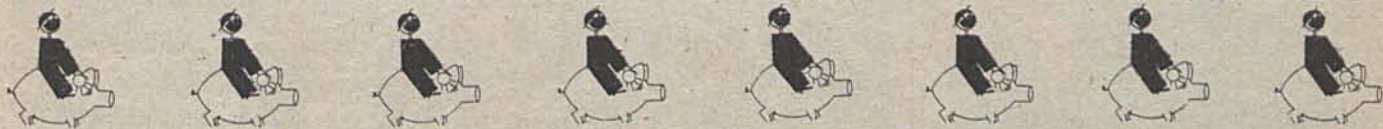
—No dijo—dijo el buho—solo es una ínfima parte de él. Como hijuelas de la vía que estamos describiendo se desprenden otras vías lácteas lejanas, nebulosas en espiral de las cuales han llegado a contarse unas novecientas mil.

Quedaron todos los oyentes profundamente asombrados, en un silencio sepulcral, que interrumpió violentamente la brusca llamada de una campana. Era Tecla que llamaba a todos a comer. La mesa estaba puesta y en su centro humeaba un gran caldero de sopas.

Como el apetito que tenían los expedicionarios era mucho, siguió el silencio, sólo interrumpido por el chocar de las cucharas en los platos.

El aerobús continuó su viaje envuelto en las sombras de la noche, surcando las misteriosas regiones del espacio infinito.

FIN



CORRESPONDENCIA



Los *Pinochistas* que me escriban para que les conteste en esta *CORRESPONDENCIA* tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

ANTONIO PELLICO.—Tus maravillosos dibujos me han llenado de admiración. Son verdaderas obras de arte y, claro está, se publicarán todos, todos, en mi revista. Mi más entusiasta enhorabuena y un fuerte abrazo de tu incondicional amigo.

LUISITO SANZ DE ANDINO.—Dibujas magistralmente bien y no sé qué admirar más en tus trabajos si la seguridad de la línea o la gracia de los trazos. No dejes de seguir trabajando en el arte de Goya porque eres una promesa. Muy bien, querido Luisito; muy bien. Recibe abrazos a granel de tu siempre gran amigo.

MARGARITA ANTÓN POZAS.—¡Qué rabia tan grande me da no poder publicar tus lindos trabajos! Por cierto que tiene una gracia loca el pié, o leyenda, de uno de ellos. Dice «retrato a pluma» y resulta que está hecho, como los demás que me has enviado, a lápiz. Y esta es la causa de que no los pueda publicar, porque como ya otras muchas veces he dicho no puedan reproducirse los dibujos hechos a lápiz. Recuerdos de Pirula, Anita, Laura y demás miembros de esta familia.

N. P. PETRUCOL.—Todas cuantas alabanzas pudiera prodigar a tus preciosos dibujos serían pobres en relación con los merecimientos de que son dignos. Me gusta una atrocidad tu manera de dibujar. Simplificación, seguridad, soltura y elegancia. De todo eso tienen tus trabajos un derroche. Y cuanto de tí pudiera decir es también aplicable a Raúl José ¡Otro artista de cuerpo entero! Apretadísimos abrazos.

M. A. CUBELLS.—Lee lo que digo anteriormente a Margarita Antón y aplícate la respuesta a tí también. ¡Y qué lástima, qué lástima! En fin, supongo que ya me mandarás otras cosas hechas con tinta. ¿Verdad que sí? Siempre tuyo incondicional.

MANOLO Y FERNANDO MACÍAS.—Admirabilísimos vuestro auto, vuestro barco y vuestra casa. ¡Qué bien se debe de pasar la vida con esas tres cosas tan lindas que vosotros tenéis! Y digo lindas a juzgar por los dibujos. De la casa al auto, del auto al barco y del barco a la casa. ¡Qué deliciosa vida! Muchísimos abrazos.

LAURITA ARRIBAS.—No puedo en esta sección contestar a lo que preguntas en tu carta porque son cosas completamente ajenas a mi revista. Recibe abrazos de Pirulita y de tu fidelísimo amigo.

TERESA ANTOLÍNEZ.—Tus preciosísimos dibujos irán a las páginas de mi revista en cuanto les llegue su turno. Así, como así, son unas verdaderas obras de arte. Recibe con mi felicitación muchos, muchos abrazos.

Pinocho



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ANDA, CURRINCHIN, CUÉNTAME COSAS QUE ESTOY MALITO EN LA CAMA

CUANDO SE ESTÀ MALITO SE SUDA, SE DUERME Y SE CALLA



YO QUIERO JUDÍAS CON CHORIZO, CURRINCHE

CUANDO SE ESTÀ MALITO NO SE COME. ¡¡A DORMIR !!



SE DURMIÒ. AHORA UN SERVIDORITO SE VA A LA CALLE A JUGAR.



¡VAYA JUERGA QUE ME VOY A CORRER CON EL TIRADOR, HOY QUE NO ME VE DON TURU!



¡ATIZA! ¡ME HAN TIRADO UNA MACETA!



¡MI ABUELA, QUÈ CHICHÓN! ¡SI PARECE UN SOMBRE- RITO HONGO!



A ESE LE VOY A DAR EN LA ESCARAPELA



ZAS



¡SOCORRO!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡QUÉ DOLOR DE
CABEZA TENGO!
¡NO VOY A PODER
ASISTIR A LA
OFICINA!

¡Y PRECISA-
MENTE HOY
TENGO QUE
CONTESTAR
INFINIDAD
DE CARTAS!

¡ENSEÑARÉ A LA
COTORRA LO QUE
TIENE QUE DICTAR
A LA MECANOGRÁ-
FA Y LA MANDARÉ
A LA OFICINA!

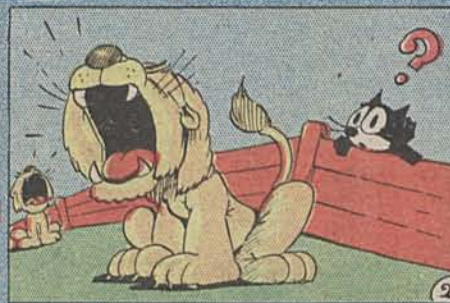
¡DICE DON PACO
QUE ESCRIBA
USTED LO QUE
DICTE LA COTORRA!

¡QUÉ BIEN DICHA
PELANEZ!
¡ES UN FUN-
CIONARIO
EXCE-
LENTE!

...ADJUNTO
REMITO A
USTED....

...SÍRVASE USTED
PAGAR A MI ORDEN
LA CANTIDAD DE
DOS MIL PE-
SETAS!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEJO





CUENTOS DE CALLEJA

EN EL DESIERTO



RRA Claudio Martínez un brillante oficial de caballería, tan valiente en el combate como caritativo y condescendiente en la paz. Destinado a prestar servicio con su escuadrón en la plaza de

Ceuta, hacía frecuentes excursiones hacia el centro de África, e incorporado a una comisión científica, cuyo objeto era descubrir algunas plantas de las que nacían en los oasis, se encaminó con ella al desierto de Sahara.

Llegado al primer oasis con la numerosa caravana, pernoctó en él después de hacer abundante provisión de agua. Por si el lectorcito no lo sabe, le diré que *oasis* es una extensión pequeña de terreno fértil situada en un territorio desierto y arenoso, y que el desierto de Sahara es el mayor conocido.

Dormía Claudio tranquilamente al pie de una palmera, cuando oyó un formidable rugido, y a poco, dos puntos brillantes, que lucían como ascuas en la oscuridad de la noche, le hicieron comprender que uno o varios leones del desierto amenazaban su existencia.

Los relinchos de los caballos, las voces de los de la caravana y algunos tiros de fusil, disparados al azar, produjeron un estrépito ensordecedor, y el pánico hizo que cada cual cogiera el primer camello o caballo que encontrara, lanzándose todos, cada cual por su lado, a una carrera frenética para salvar la vida. En cinco minutos Claudio se encontró solo en medio del desierto y cercado, según todos los indicios, por unos cuantos leones. Viéndose perdido y sin defensa alguna trepó por el recto tronco de la palmera a cuyos pies dormía, e instalándose en ella lo mejor que pudo, aguardó impaciente a que amaneciera.

La salida del sol le reveló el inmenso peligro en que estaba: seis leones y cuatro tigres se habían instalado en el oasis, y al pie de la palmera olfateaban la presa, que no podía menos de caer en sus garras. Pero Claudio no desmayó, y encaramado en la copa del no

muy elevado árbol, vió con satisfacción que habían quedado tendidas en el suelo varias carabinas de los de la expedición, lo cual podía hacerle aprovechar los cartuchos que llevaba en la canana. El hambre bien pronto la aplacó con los sabrosos dátiles que tenía al alcance de la mano; pero la sed comenzó a atormentarle, sin que viera medio de apaciguarla. Aburrido ya de verse sitiado, arrancó una palma, y, bajando lentamente, hasta tener los leones a su alcance, aprovechó el sueño de las fieras para introducir

a una de ellas por una oreja la aguda extremidad de la palma. El león sintió unas fuertes cosquillas, sacudió la cabeza y siguió durmiendo. Nuevo cosquilleo por parte de Claudio, y nueva sacudida del león, el cual, incomodado y creyendo que era una broma pesada de algún otro león, volvióse rápidamente, y al que creyó culpable de la broma le dió un tremendo zarpazo. La lucha fué horrosa, y, en un momento, todos los leones, y hasta los tigres, se enredaron a zarpazos y dentelladas. A los diez minutos quedó el campo lleno de muertos y heridos, y libre, por lo tanto, el oficial. Pero ¿cómo volverse a su país sin caballo ni otro medio de atravesar el desierto?

Claudio tuvo necesidad de permanecer en el oasis en espera de una caravana, e improvisando una casa

de ramaje fuerte junto a la fuente inmediata, allí se acomodó hasta que Dios dispusiera de su destino. Aquella noche sintió un ruido subterráneo que partía de un pozo seco próximo a la fuente, y, acercándose al brocal, vió con sorpresa que el ruido era originado por una porción de moros que iban saliendo del fondo de la cisterna por una galería que a ella desembocaba. Prestó atención, y como entendía el árabe, comprendió que decían lo siguiente:

«—Cuatrocientos años hace que permanece oculto el gran tesoro de Jamalapaja, el varón más ilustre que ha comido dátiles en el mundo. Varón insigne, que, si no hubiera sido tuerto, chato, bocón y pintado de viruelas, hubiera sido un guapo mozo, salvo que era





cojo y manco y que le olía el aliento a ajo frito».

Preocupado Claudio se inclinó sobre el borde del pozo para oír mejor; pero se desprendió una piedra del brocal, y cayendo sobre los moros hizo a uno de ellos un chichón como un quinqué y todos desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra. Bajó Claudio al fondo de la cisterna, apoyándose en algunas piedras salientes de las paredes, y, ya en el fondo, vió la galería y se internó por ella. Mucho trecho anduvo sin encontrar nada de particular; pero al cabo, y alumbrándose con cerillas, dió con una puerta, detrás de la cual se oía una música suave. Abrió con decisión la puerta, y penetró en una estancia muy amplia, de abovedado techo, del cual pendían varias lámparas que iluminaban vivamente la habitación. Alrededor, y sentados sobre unos cojines de terciopelo, veíanse unos veinte moros que al ver a Claudio se levantaron precipitadamente, y, sacando sus alfanjes, se lanzaron sobre el denodado oficial.

Lejos de intimidarse, echó mano a su espada, y, repartiendo leña a diestro y siniestro, puso en respeto a sus enemigos, que no hacían sino gritar:

«—¡A ese granujal!»

Pero Claudio les contestó en su idioma:

—Los granujas sois vosotros, y toda vuestra ascendencia y descendencia, y os voy a dar para el pelo si no me entregais el tesoro de Jamalapaja. Detrás de mí vienen setecientos ochenta escuadrones de mosquitos con aguijón envenenado, que os van a volver locos en cuanto yo haga una seña. ¡Y bueno os van a poner el cuerpo!

Asustados los moros con aquella terrible amenaza, envainaron los alfanjes, y arrodillándose a los pies de Claudio, le dijeron casi con lágrimas en los ojos:

—¡Por Dios, nada de mosquitos que chupen nuestra sangre y nos llenen de granos!

Después el que parecía jefe de ellos, acariciándose un chichón que le causara Claudio con su espada, acercóse a un ángulo de la habitación y, oprimiendo un resorte, abrió una puertecilla de la cual se escapó un vivo reflejo de oro. Aquél era el tesoro ambicionado. Llenóse Claudio

los bolsillos del rico metal, y después recogió un silbato de plata colocado en una cajita de oro y brillantes. También le entregaron un freno de plata y una silla de metal, y, acompañándole hasta la cisterna, subieron con él, por medio de una escalera, hasta la grosera cabaña que había fabricado.

Ya en ella, sacó el silbato y, sonándolo, vió venir una porción de caballos salvajes, entre los que eligió el más bonito, y ensillándole y poniéndole el freno de Jamalapaja, despidióse de los moros y salió como saeta en demanda de los países civilizados.

El camino no fué del todo feliz, porque, al cabo de dos horas de marcha, el caballo se paró, negándose a seguir galopando. Claudio clavó las espuelas inútilmente; el caballejo no se movía.

—¿Es que no quieres andar, so penco?—gritó Claudio.

—No, señor; no me da la gana—dijo el caballo volviendo la cabeza y mirando al oficial.

—Y tú ¿quien eres?—preguntó Martínez.

—Soy el propio Jamalapaja, convertido en caballo en vez de burro, que es lo que me correspondía. Figúrate que, después de reunir mis ahorrillos en el tesoro que has visto, me pidió un mago dos reales prestados para comer un plato de cocido, y yo se los negué, por cuyo delito me convirtió en caballo por cien años y un día; el plazo cumple ahora; conqué apéate y déjame en paz.

Apenas se bajó Claudio del caballo éste desapareció, convirtiéndose en un moro anciano de luenga barba blanca y retorcido turbante, el cual, sacando del bolsillo otro silbato, tocó y aparecieron dos caballos, en los cuales subieron ambos, marchando cada uno por su lado.

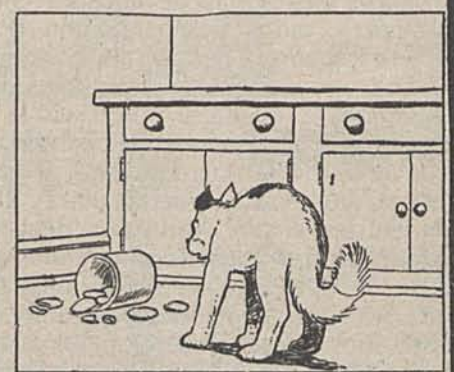
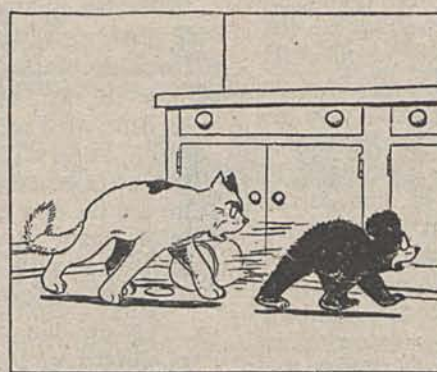
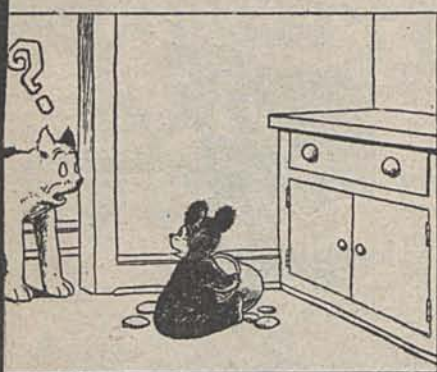
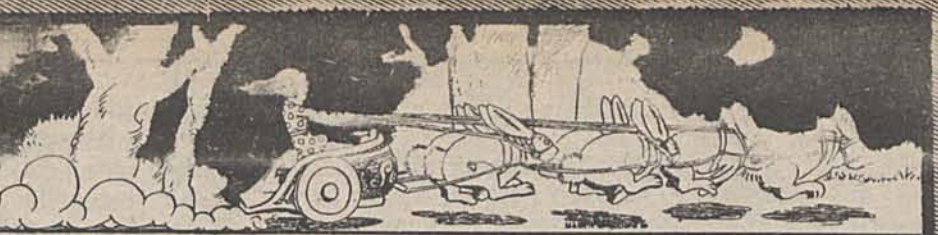
Martínez vino a España y no llegó a coronel porque se quedó en comandante.

Os prevengo que esto me lo contó el andaluz más embustero que ha nacido de madre, y que de ello no creo una palabra.



FIN

ANTIA BUEN CORAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MAYO



Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El inspector
por un desconocido



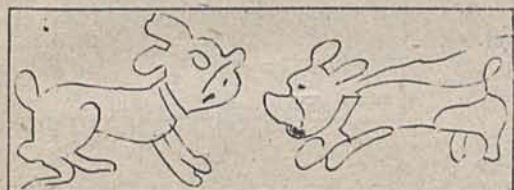
Mi jarro de flores
Felipe de Pedro



Ton
por Patrocino Cano



Don Turulato
por Andrés Cano



Un par de perros.— Teodoro Gil de Zárate



Un lobo.—Alfonsito Sancho



El barco de mi tío.— Celestino Graño



Chonón
Conchita Ortega

VIDA PINOCHISTA



CARLOS GRANDE
5.º premio de colaboración
Tiene madera de triunfador



ROSARIO LOSADA
5.º premio de colaboración
La voluntad es su virtud



CÁNDIDA AZCÁRATE
Accesita, a quien auguramos un
brillante porvenir



ABELARDO RODRÍGUEZ
Esforzado paladín del pinochis-
mo y sublime artista



FRANCISCO MANADA
Accesita de colaboración
Solo vive para el pinochismo



Encantadora pinochista cuyas
actuaciones se cuentan por éxitos



TITÍ PÉREZ
Asidua colaboradora dotada de
un estilo personal y valiente

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

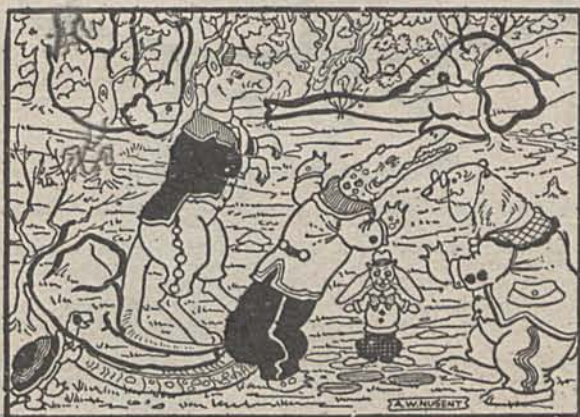
LOS CUATRO ANIMALES



LOS TRES MONOS



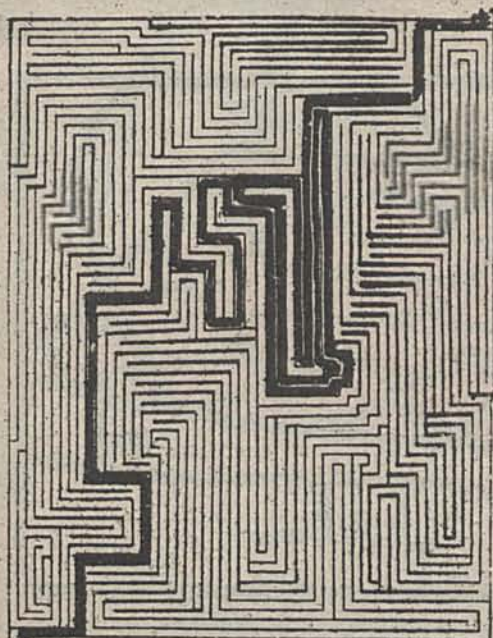
LOS TRES ELEFANTES



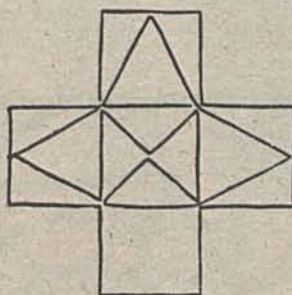
EL ELEFANTE, LA CABRA Y EL OSO



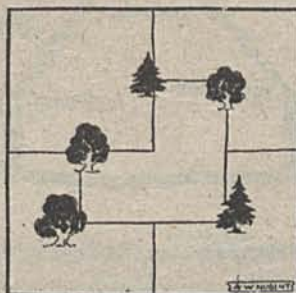
EL POZO DEL BOSQUE



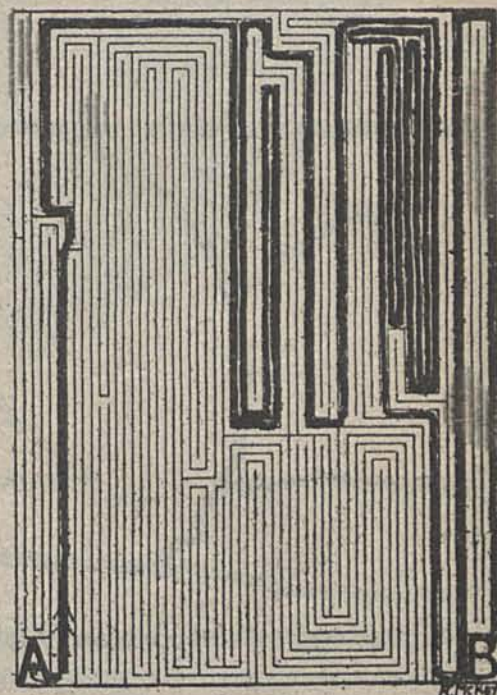
LA CRUZ ADORNADA



EL SOLAR



EL LABERINTO RUSO



SECCIÓN PIRULA

FANTASÍAS DE PIRULA

PARA BORDAR... SIN BORDAR



Érase una niña muy antojadiza y muy traviesa. Un día, se le ocurrió pedirle a su mamá cierto manjar completamente absurdo, que ella había imaginado y que luego os diré en qué consistía.

Su mamá le dijo que aquel plato era imposible de realizar y aquella niña mala ¿sabéis qué hizo? Pues nada menos que escaparse de su casa e irse a recorrer el mundo en busca de su extravagante capricho, ni más ni menos que los niños, héroes de cuento que parten en busca de aventuras.

Estuvo en todos los países de la tierra y comió las cosas más raras que darse pueden. Por ejemplo, en el Japón comió nidos de golondrinas y en ciertos pueblos del África comió figuritas de barro cocido que los indígenas de allí saborean ni más ni menos que nosotros saboreamos las figuritas de mazapan.

En Italia se trácó de macarrones, y en Inglaterra de rost-beef, y en Rusia de caviar y en Alemania de salchichas, pero en ninguna parte encontró lo que buscaba.

¡Claro! como que lo que buscaba era una tortilla... sin huevos.

De esto hace mucho tiempo, tanto que yo no había nacido todavía; hoy no puede darse ningún caso como el de aquella niña caprichosa y exigente puesto que las niñas de hoy son todas Pirulindas, y todas las Pirulindas son encantadoras.

Cierto es que a veces, a alguna se le antoja algo; pero siempre son cosas factibles. Por ejemplo, a Luisita se le ha antojado una labor que parezca un bordado, pero que no tenga que bordar.

Al pronto, esto parece algo así como lo de la tortilla sin huevos ¿no? sin embargo, nada más fácil.

Hay varias maneras de «bordar sin bordar»; una de ellas, ya la conocéis; consiste en aplicar telas recortadas sobre otra tela; pero en esta labor, hay algo de bordado puesto que el procedimiento mejor para realizar la aplicación consiste en pegar los trozos recortados a punto de festón.

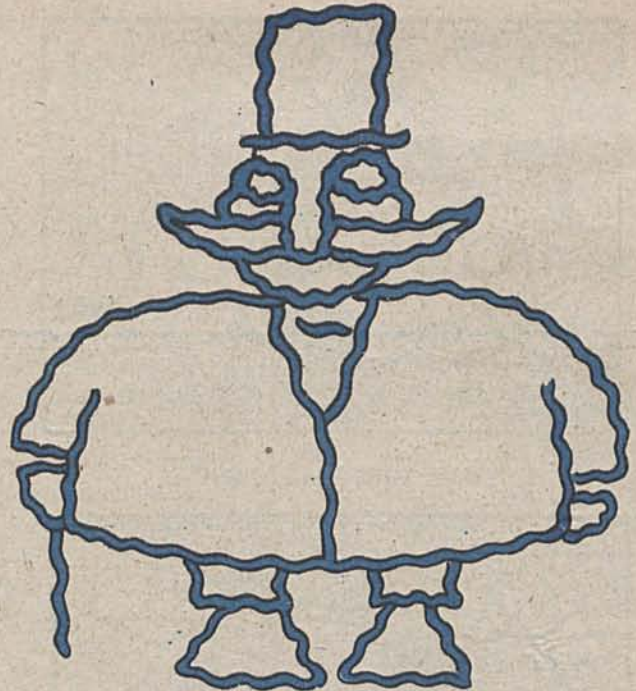
Sin embargo, también se aplican cosiendo sobre las orillas, un ténue galón; las aplicaciones más nuevas son las de cretona florida; y son las más prácticas también; para hacerlas no hay que molestarse en inventar o copiar un dibujo como cuando la tela es lisa; basta con recortar las flores estampadas que resaltan admirablemente si se aplican sobre grueso tul o malla de agujeros cuadrados, que será regularmente, algún visillo en desuso.

Pero el más original y más moderno de todos los bordados que pueden hacerse «sin bordar» es el que se realiza con galones de algodón blanco, de ese que le llaman «serpentina».

Ya os hablé de este galón que antiguamente solo se usaba en ropa muy basta y que el verano pasado se puso de moda hasta para adornar vestidos muy finos ¿os acordáis?

Pues bien, ese galoncito estrecho, tan mono y tan barato (por cuarenta céntimos tenéis nada menos que una pieza en cualquier mercería) es el que se utiliza ahora para hacer unas labores preciosas y sencillísimas.

La más elemental de todas consiste en pegar el galón por los bordes salientes de sus ondas, a pañitos y servilletas de té; para ello, basta con enrollar primero, ligeramente, el borde de la tela con lo cual se ahorra una el trabajo—o el gusto—de hacer un dobladillo con vainica, si bien el galón es compatible con la jareta.



Varias hileras de galón serpentina, unidas por los salientes de sus ondas, forman unos calados preciosos.

Pero no se trata ahora de calados, sino de verdaderos bordados que también pueden realizarse con este galón, cosiéndolo sobre la tela, formando los motivos que se quiera, previamente dibujados.

Como no es probable que se encuentre el galón serpentina en color, pueden teñirse en casa en los colores que se quiera para hacer diferentes combinaciones.

¿Imagináis algo más fácil que pegar el galón con unas puntadas, siguiendo los contornos de un dibujo de bicho, o de casita, o de flores o de lo que sea?

No, ni yo misma, Pirula, en cartón y serrín, concibo ningún otra labor que sea más fácil que esta.

Como modelo, os presento hoy una casita con árboles, que se presta mucho para ser «bordada» con galón serpentina. Pero en realidad, se prestan casi todos los dibujos de bordado.

Se «prestan» y aún creo que se «regalan», pues no hay necesidad de devolverlos ¿verdad?

